

Prólogo

Llegó cansado. El viaje de avión desde Londres había sido largo, con retraso de más de dos horas incluido; después, las ocho horas de coche desde Freetown hasta llegar a la vieja mina. En la caseta en donde se situaba la oficina lo esperaba el capataz que, respetuoso, se levantó y le cedió el sitio tras la mesa metálica.

— ¿Cuál es el problema? — Estaba verdaderamente cansado y necesitaba, con urgencia, un sueño reparador. Lanzó una mirada deseosa al camastro situado en la esquina opuesta de la caseta y suspiró con dejadez.

El capataz no dijo nada; se limitó a dejar la piedra, de un centímetro de diámetro, encima de la mesa.

Siaka Kamara abrió los ojos de forma desmesurada mientras despegaba su espalda de la silla, recogió la piedra y se la acercó a los ojos mientras giraba el flexo para darle un poco más de luz.

— Así que están ahí...

— Están ahí, patrón... — el capataz sonreía con una boca desdentada que había visto días mejores.

Kamara seguía dándole vueltas a la piedra entre sus dedos índice y pulgar de la mano izquierda. Con la derecha extrajo, del cajón superior de la mesa, una lupa de joyero que aplicó a su ojo derecho.

— Una vez pulido será de unos tres kilates aproximadamente... ¿Quién la encontró? Habrá que darle una gratificación.

El capataz se mostró incómodo por primera vez. Se pasó la mano por la cara, sudada en exceso, y cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro.

— Ese es el problema, patrón...

Siaka Kamara se quitó la lupa del ojo, la dejó sobre la mesa y miró con fijeza al capataz.

— ¿Qué ha pasado?

— Se lo quitamos a uno de los obreros a la salida de su turno. Lo llevaba escondido en la boca.

Kamara sacó del cajón un pequeño sobre de papel, lo abrió e introdujo la piedra dentro. Después lo cerró con calma y lo plegó dos veces sobre sí mismo.

— ¿Dónde está?

— Encerrado en el barracón de la enfermería. Vigilado por uno de mis hombres – respondió el capataz.

— Paraliza la extracción ahora mismo y reúne a todos los hombres.

Abandonó el capataz la oficina y Kamara aprovechó para refrescarse con un poco de agua. Se mantenía despierto por la adrenalina que su propio cuerpo había secretado al contemplar la piedra que habían encontrado. Él tenía razón; el lado sur de la vieja mina, que nunca había sido objeto de prospección, tenía diamantes. Ahora había que ser cautelosos; primero paralizar todo, cerrar la mina y trasladar a la frontera a los quince hombres que habían trabajado en tres turnos de ocho horas cada uno; segundo, pulir la piedra y volver a Londres para buscar la financiación necesaria para desarrollar toda la explotación.

El capataz asomó la cabeza por la puerta.

— Los hombres están reunidos.

Kamara se levantó y salió de la oficina. En el pequeño descampado que conformaban los diferentes barracones, estaban reunidos catorce mineros y cuatro vigilantes armados con fusiles automáticos Kaláshnikov.

Se situó enfrente de ellos y se giró hacia el capataz.

— Tráeme a ése aquí.

El capataz, sin moverse del sitio, levantó el brazo izquierdo y agitó la mano. Del barracón enfermería salió un minero escoltado por otro vigilante; llevaba los ojos ligeramente amoratados y sangraba por el labio inferior. Se situaron entre el resto del grupo y el lugar que ocupaban el capataz y el patrón.

Kamara los miró a todos, deteniéndose en cada uno de ellos, y habló despacio.

— Os he contratado a todos para realizar un trabajo – hizo una breve pausa –. Trabajo que se os paga bien... más que en otras minas en donde habéis trabajado – realizó otra pausa –. Trabajo que no pasa de las ocho horas... cuatro menos de las que habéis trabajado en otras minas.

La pausa que realizó fue más prolongada, mientras paseaba de nuevo la mirada por todos los hombres.

— Yo cuido de mi gente. A cambio pido completa lealtad.

Extendió la mano derecha, con la palma hacia arriba, hacia el capataz. El capataz sacó su pistola de la cartuchera y la depositó en la mano del patrón.

— Este hombre me ha traicionado.

Con un rápido movimiento se adelantó un paso, montó el arma, apuntó a la cabeza del minero y apretó el gatillo.

El estampido provocó la caída al suelo del minero, con un chorro de sangre que salía de su cabeza, y un estertor de temor en el grupo que había presenciado la ejecución.

Siaka Kamara devolvió la pistola al capataz, se giró hacia sus hombres y habló con calma, con la misma calma con la que lo había hecho hasta ese momento.

— Ya sabéis lo que espero de vosotros... Lealtad... y volveréis ricos a vuestras casas.